¿QUE NOS QUEDA DE LA ROSA?

Lo tiene todo para triunfar: una abadía bajomedieval, una investigación, crímenes en cadena, una gran biblioteca y un detective carismático. El nombre de la rosa es, además de otras muchas cosas, una novela cuyo principal personaje es una biblioteca. Umberto Eco monta un relato fascinante, dosificado, sembrado de pistas, alternando la trama con miles de referencias históricas y filosóficas a un mundo exterior en ebullición, que hacen de contrapunto al microcosmos perfecto del monasterio. Y dentro de ese mundo cerrado, el laberinto de la biblioteca.

Una de las últimas grandes bibliotecas según el modelo monacal de conservación y transmisión del conocimiento, hecho de poderosas fortalezas terrenales, unidas por rutas en las que transitan monjes eruditos y se copian libros, reordenando y recomponiendo una masa crítica de documentos y conocimientos a la espera de tiempos mejores. Un proyecto a largo plazo, que supone trabajo duro y copioso. En sus palabras, "Para poder realizar la inmensa y santa obra que atesoran aquellos muros - y señaló hacia la mole del Edificio, que en parte se divisaba por la ventana de la celda, más alta incluso que la iglesia abacial - hombres devotos han trabajado durante siglos, observando unas reglas de hierro. La biblioteca se construyó según un plano que ha permanecido oculto durante siglos, y que ninguno de los monjes está llamado a conocer."

Sin embargo el mundo monástico está en crisis. La cultura y los estudiosos y los libros se desplazan cada vez más hacia las ciudades, las universidades y las cortes. Para sobrevivir se pervierte un sistema que parecía tan eterno como Roma. Frente a la humildad del trabajo del copista, va surgiendo el orgullo intelectual, la lujuria del saber. En la decadencia del copismo, occidente parece que necesite la invención de la imprenta para la que aún queda un lento siglo.

Estamos ante la biblioteca anti-libre acceso. La biblioteca es "Insondable como la verdad que en ella habita, engañosa como la mentira que custodia. Laberinto espiritual y también terrenal." Solo el bibliotecario conoce el diseño de la biblioteca. Un diseño ocultador, basado en "El máximo de confusión logrado con el máximo de orden ". La planta de la biblioteca reproduce el mapa del mundo, la biblioteca es un laberinto, signo del laberinto que es el mundo, y ella misma defiende su tesoro, es como un erizo. Pensemos en la paradoja de que cuanto más ordenada está una biblioteca, más control ejerce el bibliotecario, mientras que los usuarios van poco a poco aportando un poco de desorden al usarla, acercándola a su mundo. Consume mucha energía ir en contra de la entropía del universo que quiere una masa indiferenciada y en reposo.

La CDU está cifrada en versículos del Apocalipsis sobre los dinteles de las puertas que comunican las salas donde se custodian los libros (Esta relación entre el fin del mundo y la clasificación decimal es una intuición genial de Eco) La distribución de los libros por temas responde a un elaborado artificio. Desde el catálogo, una lista de títulos por orden de entrada y signatura, puede el bibliotecario saber "por la colocación del volumen, por su grado de inaccesibilidad, que tipo de secretos, de verdades o

de mentiras encierra." Solo el bibliotecario "decide cómo, cuándo, y si conviene, suministrarlo al monje que lo solicita". El bibliotecario es un iniciado, y la CDU es su lenguaje esotérico ocultador de su conocimiento hermético.

Pero hemos dicho que hay una investigación y unos crímenes. La investigación se plantea según los cánones de la novela detectivesca. El caso se va desenvolviendo delante de nuestras narices, Guillermo de Baskerville va construyendo, una tras otra, hipótesis incompletas, contradictorias, pues "conviene imaginar todos los órdenes y los desórdenes posibles". ¿Y bien? Catalogar es como dejar pistas, prever todas las posibles investigaciones. Como el asesino estilista que deja un rastro, que solo puede descifrar un policía zorro viejo, que no ha sido carcomido por el procedimiento oficial, que reconoce las pistas, pero no puede evitar que se continúen produciendo crímenes. El buen bibliotecario es un criminal de salón que, metódico, ejecuta su plan. El usuario habituado a la biblioteca es un asesino en potencia.

Quizá pueda frustrar al documentalista ver pasar tanto documento por sus manos y no participar en la creación de ellos. Sentirse un intermediario anónimo en la cadena autor-lector, porque el investigador lee, pero al menos luego escribe y es leído, porque en una ficha de siete por doce no cabe un soneto. Esto mismo empieza a ocurrirle a los monjes del scriptorium: "Aquel joven, que se deleitaba con el estudio de la retórica, tenía arrebatos de independencia y aceptaba con dificultad los límites que la disciplina de la abadía imponía a la curiosidad del intelecto". Pero no, deben copiar encadenados a un gigante, como dice el pérfido Jorge de Burgos "No hay progreso, sino una sublime recapitulación". La biblioteca es inmortal porque, como la naturaleza, se repite constantemente. ¿Por qué no se abría al riesgo del conocimiento? Porque "mientras mantuviera su halo oscuro estaría a salvo". A salvo del intrusismo profesional y de cualquier duda sobre sus principios, pues no hay negociación, somos tan inmutables como la ley de la gravitación universal.

No puede ser casual que el método científico, la incuestionable sucesión de causas y explicaciones que conducen la investigación, no eviten ni los asesinatos, ni la ocultación del misterio, ni la consumación del incendio. Comprende la verdad cuando ya es tarde, y lo que hoy es, mañana será cambiado por el torbellino mundano. Pero lo más inquietante es que al final, juntando pistas y móviles, se descubre la verdad a través de razonamientos erróneos, esto es "imaginando órdenes falsos". Pese a aplicar su cartilla de catalogar racionalista, los signos, las apariencias fingen dejarse interpretar.

Por mucho que nos empeñemos en construir un sistema de almacenamiento y recuperación de información perfecto, polifacético, sutil hasta el extremo, que facilite al usuario artimañas para acercarse a los libros exactos que resuelvan sus necesidades de información, no tardaremos en admitir que los senderos del señor son inescrutables, que Dios escribe recto con renglones torcidos, y que a quien Dios se la de, San Pedro se la bendiga.

La soberbia de la mente de los monjes de este monasterio consagrado al estudio de la palabra y a la ilusión del saber, es similar a la soberbia que subyace a los principios de la documentación. Somos muy ambiciosos al querer recuperarlo todo, que los descriptores reflejen el contenido total de los documentos, que todos los libros del mundo sean accesibles, que los opacs sean tan amigables como un tendero. Seamos humildes, queremos disminuir el desorden del conocimiento, mejorar gradualmente el acceso a la información. Podemos crear caminos hacia la información, pero será finalmente una persona quien los recorrerá, a su paso y a su aire. Aunque los libros estén ordenados por epígrafes y descriptores, su contenido es caótico, lleno de referencias intertextuales, de contradicciones, de mensajes que se anulan, de insensateces. Un monje del medievo entendería que "las mentiras y los monstruos también forman parte del plan divino", Otlet lo entendió y, al leer entre líneas en la CDU, se descubre una profecía para el fin del milenio, "vemos a través de espejos y en enigmas".

✎ Tomás Saorín